



# Óscar Beltrán de Otálora Tierra de furtivos



# Tierra de furtivos

Óscar  
Beltrán  
de Otálora

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1554

© Óscar Beltrán de Otálora, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-84-233-6056-7  
Depósito legal: B. 18.403-2021  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Black Print CPI  
*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# I

El bosque le hablaba mientras se deslizaba entre los árboles. Una garza voló sobre el agua como si huyera de un depredador y una bandada de patos aleteó cerca de la orilla del pantano. De repente los animales callaron. El reflejo de las estrellas flotaba en la superficie del embalse. Un murmullo casi inaudible surgió al otro lado de la bahía, a unos doscientos metros del arbusto bajo el que se había ocultado, y Mikel supo que sus presas se estaban preparando. Escuchó el inconfundible crujido metálico del cerrojo de un rifle. Luego todo quedó en silencio.

Se levantó con cuidado, no quería que su pesada mochila rozase las hojas y el ruido le delatase. A su derecha, el embalse en calma parecía una bandeja de plata antigua. La luna llena se alzaba sobre las montañas e iluminaba la costra de barro que cubría la orilla; todo brillaba con un reflejo pálido, casi fantasmal. Dio un rodeo para evitar ser detectado cerca de la pequeña ensenada. El aire hedía a algas podridas.

A unos quinientos metros podía distinguir la silueta de una isla. El promontorio, cubierto de pinos, parecía un erizo gigante. Se tumbó en el suelo hú-

medo y se arrastró hasta el tocón de un árbol talado en alguna década olvidada. Durante varios minutos, Mikel permaneció con la vista fija en la oscuridad que reinaba en el otro lado de la bahía. Una sombra cobró vida, se desplazó unos metros y regresó al lugar del que había surgido. Esta vez se escuchó un susurro. Tres siluetas humanas se perfilaron entonces entre los árboles. Eran ellos.

Su corazón latía cada vez con más fuerza, sabía que era el momento de echarse atrás o seguir adelante con sus planes. Repasó mentalmente los riesgos que iba a correr, pero enseguida decidió dejar de pensar. «La acción. Solo la acción nos salva», se dijo. Debía evitar el miedo, los nervios y los gestos apresurados. Temía cometer errores fatales. Necesitaba calmarse, controlar la descarga de adrenalina que le empujaba a realizar locuras. Para concentrarse en su misión pensó en enormes manchas de sangre secándose en el fango.

Reptó de nuevo, sin dejar de sentir la humedad en las palmas de las manos y las rodillas, y solo se incorporó al cerciorarse de que nadie le vería. Luego, sin perder de vista la isla, caminó en cuclillas a través de una selva de arces y espinos. Su corazón amenazaba con estallar. Comprobó su reloj: en unos minutos serían las dos de la mañana y entonces los corzos bajarían de la montaña para nadar hasta la isla. Todas las noches, cinco o seis de aquellos animales surcaban las aguas en dirección al islote para comer las bayas que crecían entre los pinos. Mikel lo sabía y aquellas sombras que aguardaban en la oscuridad también. Cuando los corzos recorrían con sus tem-

blorosas patas la orilla fangosa y se adentraban en el agua, pasaban a ser las víctimas más fáciles para los furtivos; nadaban con la lentitud de niños en su primer baño. Con un foco y un rifle de caza, abatirlos era tan fácil como atrapar una tortuga cuando se arrastra por la arena. Los furtivos los tiroteaban a placer y por toda huella dejaban en el lodo una gran mancha de sangre. Pasados unos días, el calor del sol la cuarteaba y la reducía a una sombra violácea.

Corrió a través de la maleza y llegó hasta la carretera. Encontró una pista polvorienta que se adentraba de nuevo en el bosque. Una valla de acero daba acceso a un prado cercado por alambradas de espino. Encontró su objetivo. Llevaba semanas vigilando la zona y sabía que allí era donde los cazadores ocultaban su todoterreno en las noches de cacería. Reconoció el Nissan a la luz de la luna, y en uno de los laterales distinguió unas letras enormes que conocía perfectamente: GUARDERÍA FORESTAL, podía leerse en grandes caracteres dorados sobre el blanco de la carrocería.

Ya no necesitaba el silencio. Dejó caer su mochila y de ella extrajo unos gruesos guantes de obra y un pesado martillo. Vacío la bolsa y tres botellas de plástico rodaron por el suelo. Apeataban a gasolina. Destrozó la ventanilla del lado del conductor con el mazo y el ruido del cristal al astillarse recorrió el bosque. Cogió una de las botellas, la abrió y comenzó a verter el combustible dentro del vehículo. Antes de que se vaciara, lanzó el recipiente al asiento trasero. Tomó las otras dos botellas y repitió la maniobra. A su espalda escuchó voces y pasos apresurados. A toda

prisa rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar una pastilla para encender barbacoas envuelta en papel de periódico, le prendió fuego, se alejó un par de metros y la arrojó a través del vidrio roto.

Corrió hasta la carretera, la cruzó y se introdujo en un hayedo. Algo a sus espaldas bufó como si un animal resoplase con fuerza. Escuchó un estallido sordo. Oyó gritos e insultos. Entonces el paisaje resplandeció. Durante un segundo las sombras se alargaron y todo se iluminó con un resplandor naranja. El bosque parecía la piel de un tigre.

Mikel se escondió de la luz entre unos arbustos e intentó recobrar la respiración mientras esperaba que la llamarada dejase de alumbrar la noche.

—Sal de donde estés, hijo de puta, o nos liamos a tiros —gritó alguien.

—Estás muerto, cabrón —chilló otra voz.

Entonces sonó la detonación seca de un disparo. Mikel rodó sobre sí mismo para alejarse del incendio y reptó a través de un pequeño valle. Oyó varias explosiones. Reconoció el sonido de las ruedas al estallar por el calor. Cuando se sintió seguro se puso de pie y avanzó con zancadas frenéticas hasta que el fuego se convirtió en un pequeño brillo a sus espaldas.

Llegó al cruce de carreteras de Landa, donde se levantaba el restaurante Etxezuri. A esas horas el bar estaba cerrado y la gigantesca terraza que durante el día se llenaba de clientes se había transformado en un laberinto de sillas y mesas de plástico apiladas en columnas de colores. Atravesó un pinar, lejos de los coches en los que decenas de parejas hacían el amor en la clandestinidad.

Los disparos y las explosiones habían interrumpido el sexo apresurado en los asientos traseros. A la luz de las farolas y de las máquinas de *vending* vislumbró a un par de jóvenes desnudos que se vestían apresuradamente, y a un escuálido muchacho que daba saltitos junto a la puerta de su coche intentando subirse los pantalones.

Continuó a lo largo de la vieja carretera que bordeaba el pantano. Se trataba de una ruta solitaria, labrada en la ladera de una montaña grisácea que por la noche brillaba con la palidez de un hueso desenterrado. A su izquierda, el agua embalsada formaba una película oscura, como de brea sólida, en la que la luna dibujaba un camino plateado.

Sabía que en su avance debía evitar varios sitios en los que la claridad de las farolas permitía que cualquier testigo ocasional le identificara. Pasó junto al centro de detención de menores de Ullibarri, una mole de alambradas grises y muros de cemento. Al llegar al club náutico del pueblo se pegó al arcén y solo se sintió tranquilo al dejar atrás los yates amarrados en una diminuta rada. Sorteó la aldea por un sendero que terminaba en el cementerio y luego apretó el paso. La noche le hacía invisible.

Le costó media hora llegar al lugar donde había aparcado su todoterreno. La adrenalina comenzaba a abandonarle pero se sentía joven y poderoso. La imagen del coche en llamas y el sonido de los disparos se repetían en su memoria y le llenaban de energía. «Sé que estoy loco», pensó.

Cuando recuperó el aliento abrió la puerta trasera y comprobó que su móvil seguía escondido bajo la



rueda de repuesto. Lo había desconectado quitándole la batería y no lo activaría hasta llegar a casa. Si alguien comprobaba la posición de su teléfono vería que había pasado toda la noche a casi veinte kilómetros del pantano y del lugar en el que habían atacado a los furtivos. La luna iluminó el enorme cartel que decoraba su automóvil. GUARDERÍA FORESTAL, se leía en grandes letras doradas.

## 2

La joven china que atendía el bazar la examinó con un gesto de desagrado. Tatiana estaba acostumbrada a suscitar esa desconfianza y sabía que cuando no despertaba aquel tipo de mirada algo iba mal.

Recorrió las abarrotadas estanterías, que apesta-ban a productos químicos, y fue recogiendo todos los elementos que necesitaba. Un espray de pintura negra, una cuerda de tender la ropa, cinta americana, una pequeña azada de jardinería, un mechero y un bote metálico con combustible para encendedores Zippo. Al pagar evitó que sus ojos entraran en contacto con los de la china.

Salió del bazar y se dirigió al Seat León que había alquilado para esa noche con un antiguo carné falso. Condujo hacia la salida de Vitoria y aceleró al llegar al extrarradio. Los faros del pequeño turismo iluminaban calles vacías y esquinas en penumbra. Cuando llegó al barrio de Ibaiondo aparcó en un rincón aislado. A su derecha, el río Zadorra apenas era un oscuro hilo de agua que olía a hierba mojada y a barro. Bajó del coche y recorrió un par de calles escondida entre las sombras. Llevaba una sudadera oscura

y se cercioró de que la capucha le cubría el rostro. Llegó al chalé que llevaba tiempo vigilando.

Era un edificio de tres plantas, con ladrillos marrones en la fachada y el tejado oscuro de pizarra. Todas las persianas de la casa estaban bajadas pero una luz fantasmal surgía de las rendijas. El resto de la mansión permanecía oculto tras una enorme valla flanqueada por setos impenetrables y coronada por alambre de espino. Hacía calor y de alguno de los chalés lejanos le llegó el aroma de flores nocturnas. Distinguió, aparcado junto a la puerta, un Audi tuneado con alerones estrambóticos y llantas que brillaban como anillos de oro. Tras comprobar que no había nadie en los alrededores le pegó una patada al portón. Un perro gruñó y se acercó con ladridos que sonaban como el rugido de una bestia. En el chalé se encendió la luz de una ventana. Tatiana se aproximó a la entrada y distinguió el moderno sistema de apertura, que funcionaba mediante una combinación numérica. El perro dejó de ladrar cuando ella comenzó a alejarse.

Mientras recorría la acera un coche se detuvo a su lado y un hombre mayor, con una barba de color acero y los ojos inyectados en sangre, le gritó a través de la ventanilla bajada. Fumaba un puro y la ceniza le había manchado la camisa, de cuadros rojos y negros.

—¿Cuánto por una mamada, morenita?

Ella no se inmutó, estaba acostumbrada. Se encogió de hombros para asegurarse de que la capucha caía todavía más sobre su rostro y ni siquiera volvió la cara para mirar al hombre.

—Te estás equivocando —le advirtió.

—Perdón, pero es que aquí todas las negras os dedicáis a lo mismo —se disculpó el conductor. Luego aceleró y desapareció por la avenida.

Tatiana miró el reloj: las once y media de la noche. Apenas tenía treinta minutos para actuar, a medianoche se producía el cambio de guardia. Era la misma hora en la que las prostitutas nigerianas desfilaban por la orilla del río en busca de clientes. Habría demasiados testigos.

Se metió en el coche alquilado y buscó una pequeña cámara de vídeo que llevaba en el bolso. Se la había comprado a un pakistaní y sabía que era robada. Rebuscó en la galería de vídeo y vio las imágenes en una pequeña pantalla. Un hombre de espaldas descomunales se acercaba al portal y tecleaba un código en la apertura de seguridad: pulsaba tres veces el uno y luego un cero. Para conseguir la combinación que permitía acceder a la casa había escondido la cámara durante una semana en un árbol que había frente a la entrada. Así había conseguido grabar los movimientos del matón que todos los días a medianoche relevaba al vigilante de la propiedad.

Sabía lo que tenía que hacer. Cogió la bolsa con los objetos que había comprado en el bazar, regresó al chalé y buscó el espray negro, lo agitó y pintó el limpiaparabrisas del Audi tuneado hasta oscurecerlo totalmente. Luego se plantó ante la puerta. Preparó a toda prisa un lazo con la cuerda de tender la ropa, tendió la soga sobre una de las ramas del árbol y comprobó el nudo de la improvisada horca. Luego volvió hacia la puerta y tecleó los tres unos y el cero.

Se escuchó un chasquido en la cerradura y luego al perro acercándose con los bufidos de un depredador rabioso. Esperó a que el pitbull asomase la cabeza y entonces cargó con un hombro contra la puerta para asegurarse de que atrapaba al animal contra el marco. Consiguió contener a aquel ser diabólico y a la vez pasar el lazo por su cuello. Luego echó a correr sin soltar el otro extremo de la cuerda. Tuvo que utilizar toda su energía, hasta el más pequeño músculo de su cuerpo se tensó para realizar el esfuerzo.

El perro salió disparado hacia arriba, colgado de la sog a como si fuera una piñata. Tatiana dio una lazada a la cuerda en uno de los postes de la valla y luego regresó a toda prisa al árbol. El pitbull se agitaba con furia y pataleaba en el aire mientras se asfixiaba lentamente. Con movimientos precisos, la chica cogió la cinta americana y envolvió el morro del animal para evitar que ladrara. Siguió con las patas delanteras y luego con las traseras. En unos segundos la fiera parecía un paquete mal envuelto y, aunque se agitaba, cada vez lo hacía con menos fuerza. Sacó una navaja y cortó la cuerda para que no muriese asfixiado.

En la mansión no se produjo ningún movimiento. Miró a través de la puerta entreabierta y a la luz de los focos distinguió setos sin recortar y hierba mal cuidada. Los gruñidos del perro no habían alertado al vigilante. Corrió por el césped hasta la parte trasera, donde encontró la caja del cuadro de luces y empleó la azada como palanca para abrirla. Roció los cables metálicos y los fusibles con el combustible para encendedores y luego acercó un mechero. Las

llamas se extendieron por todo el almacén de plástico. Escuchó un chisporroteo y los focos que alumbraban el jardín se apagaron. Apestaba a plástico quemado.

Atravesó el jardín de nuevo y, al llegar a la puerta, saltó por encima del pitbull, que se agitaba en el suelo como una serpiente malherida. Dio la vuelta a la casa y se escondió junto a un pequeño muro. Se fijó en las persianas. La luz que salía de las rendijas había desaparecido. Las llamas cubrían el cuadro de luces y lanzaban sombras malvadas sobre el césped.

Desde su escondite oyó ruidos en el interior del chalé y, poco después, una puerta que se abría y pasos en el jardín. Alguien blasfemó y luego regresó al vestíbulo. Las pisadas retumbaron de nuevo y esta vez escuchó el siseo de un extintor. A través de los setos vio como el hombre tecleaba en un móvil.

—Jefe, nos están atacando —escuchó decir a una voz que sonaba jadeante y asustada—. No lo sé —respondió el hombre a alguien al otro lado del teléfono—. Dragón ha desaparecido y han quemado el cuadro de la luz... Sí... Sí... no me muevo, pero daros prisa.

Era el mensaje que esperaba. Corrió otra vez hacia su coche. Rebuscó en su bolso hasta encontrar otro de sus teléfonos móviles, un viejo dispositivo que no tenía carcasa. Localizó una batería, la colocó a toda prisa y luego marcó un número que se sabía de memoria. Activó una aplicación para camuflar su voz y, cuando su interlocutor descolgó, habló a toda prisa:

—Sin tonterías. El número 36 de la avenida del Zadorra. En unos minutos los tendrá a todos, y el

material vale más de doscientos mil euros. Esta es otra vez su noche, oficial.

Colgó sin esperar ninguna respuesta y arrancó la batería del móvil. Se tendió en el asiento del conductor para recuperar el aliento e intentó calmarse sin dejar de mirar por el retrovisor. La calle estaba vacía. Pasaron unos minutos en silencio. Entonces escuchó el estruendo de un motor rasgando la noche. Un Mercedes con cuatro hombres en su interior pasó a su lado a toda velocidad y giró para dirigirse hacia la mansión. En la curva, el asfalto arrancó un gemido de las ruedas. Tatiana puso el motor en marcha y se alejó lentamente. Cuando se detuvo en un semáforo vio a un grupo de cuatro mujeres negras con minifaldas y camisetas de tirantes que caminaban en la rotonda que conducía al pueblo de Abetxuko. Se le encogió el corazón.

—Yo podría ser una de ellas —susurró.

Entonces comenzaron a sonar las sirenas de la policía. Cuatro coches patrulla de la Ertzaintza cruzaron como una exhalación por el carril contrario. Las prostitutas desaparecieron en las sombras.

—Me la debes, Marta —dijo.